



Un remedio absurdo

(15 de abril de 1956)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2570

DOMINGO 1 DE DICIEMBRE DE 2019



ESCRIBEN: Yunuén Cuevas Arellano, Mención Honorífica del Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2019; Salvador Velazco, Azul Sevilla, Javier Bravo Magaña, Ramón Moreno, León Mendoza y Carlos Caco Ceballos.

Viernes de capirotada*

Yunuén Sacnicté Cuevas Arellano

Extraño las madrugadas en mi pueblo, que a diferencia de otros lugares no eran totalmente apacibles. El vivir junto a un ingenio azucarero asegura dos cosas, ruido y melaza por doquier. Era común ser despertado por el rechinido del choque de tuercas, fierros o tornos, pero lo que más me gustaba era el olor almibarado del aire, el cual se intensificaba en la temporada de zafra.

Cuando se es niño, la forma práctica para identificar las cosas o situaciones es con referencias. Con apenas 7 años, la llegada de la zafra para mí era igual al olor azucarado de los techos, árboles, incluso ropa de la población; casi puedo asegurar que si se olía la ropa al final de una jornada en época de zafra, podría percibirse algo endulzada. Habiendo crecido rodeado de olores dulces, no era de extrañarse que sintiera fascinación por los postres que mamá preparaba, en especial por uno que se elaboraba durante una temporada del año, la capirotada.

Existen dos formas de preparar la famosa receta, a base de agua o leche, una es salada mientras la otra dulce. Mamá optaba por la forma dulce. Es increíble cómo los ingredientes por separado tienen su personalidad, como si de un ser humano se tratase, al mezclarlos resulta un platillo delicioso.

Por 1965, las poblaciones pequeñas no contaban con todos los productos que se requería para los menesteres del día a día, así que la gente acudía a abastecerse a la capital, Colima, ya fuera que uno visitara la ciudad o la ciudad viniera a uno. Así era como lo hacía Don Hilario, un panadero de Colima que llevaba sus productos de pueblo en pueblo y yo sentía que comenzaba con el mío, Quesería. Él era otra de las peculiaridades de la región, aparecía todas las mañanas con su camioneta repleta de canastos cubiertos de papel estrasa, recorriendo las calles hasta llegar a la casa que, por tener una miscelánea, era parada rigurosa para Hilario. En esa época no se contaba con el número de panaderías que ahora es fácil encontrar por doquier, así que había que esperar a que llegara aquel hombre para saborearse unas ricas piezas de pan dulce y bolillo.

Viernes con viernes mi madre apartaba unas tiras de bolillo, un litro de leche bronca, vainilla, canela, un par de huevos y pasitas para dar inicio a la elaboración. El bolillo era cortado en trozos para dorarlo sobre un comal en la estufa, lo ponía a reposar en un canasto cubierto por una servilleta de tela y después preparaba el almíbar; este último llevaba el resto de ingredientes. Colocaba la leche, canela, vainilla y un poco de mantequilla en una olla y dejaba que hirviera. Al terminar lo endulzaba con azúcar morena del ingenio. Después, en una cazuela honda de barro colocaba tortillas en el fondo, para evitar que se pegara el bolillo a las paredes del recipiente, y encima acomodaba uno a uno los pedazos dorados del pan. Una vez que llegaban al borde de la cazuela, le ponía las pasitas, vertía sobre ellos el almíbar y los cubría con las claras de los huevos previamente batidos en una palangana. Para finalizar colocaba la cazuela en el horno de la estufa a 200°C durante 20 minutos o hasta que cambiara de coloración el batido.

Era un ritual digno de admirarse, no sólo por ver la pasión de mi madre al realizarla, sino porque los olores indicaban cada paso de la receta. El olor a los campos de trigo calentándose con el sol, como si anunciaran el verano próximo a celebrarse, y qué decir del almíbar que impregnaba la casa y me hacía salir de cualquier lugar donde me encontrara, así estuviera jugando a las escondidas, corría

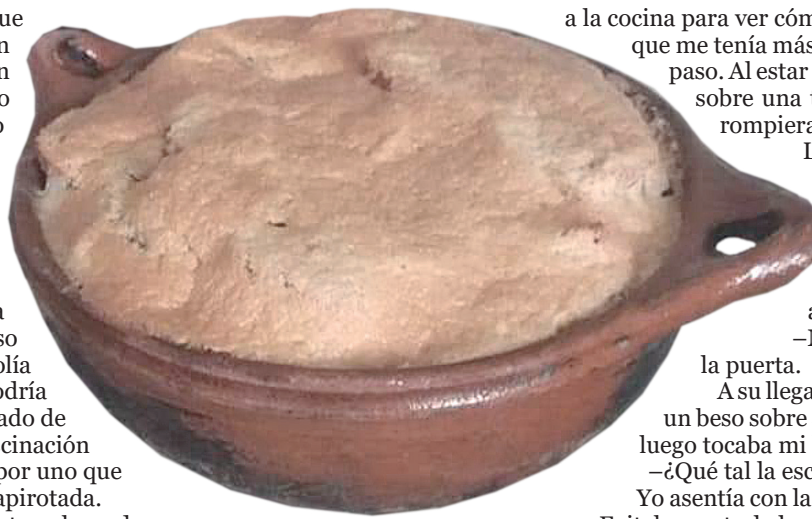


Imagen de la deliciosa capirotada preparada por la mamá de Fidel.

a la cocina para ver cómo el vapor salía de la olla que lo contenía; pero el que me tenía más encantado es el que emergía del horno, el último paso. Al estar listo el postre, mi mamá solía colocarlo en el pretil sobre una tabla de madera para evitar que los mosaicos se rompieran.

La comida era un momento sagrado en la casa. Había que esperar a que papá llegara del trabajo, comenzar sin él no era opción. Así que apenas se dejaban escuchar sus pisadas por aquellas banquetas, yo corría al baño a lavarme las manos para ahorrar tiempo y estar listo cuando atravesara el marco de la puerta.

—Martha, ya llegué —se le escuchaba apenas cerraba la puerta.

A su llegada saludaba a mis hermanas, quienes depositaban un beso sobre su frente y lo estrujaban con sus pequeños brazos, luego tocaba mi hombro.

—¿Qué tal la escuela Fidel?

Yo asentía con la cabeza, mientras respondía que todo estaba bien. Evitaba contarle las aventuras para no prolongar el momento y pasar rápidamente a la mesa; luego se giraba con mamá, quien lo esperaba con una gran sonrisa, un beso en la mejilla y un:

—Siéntate Luciano, ya está lista la comida.

La mesa, que se encontraba ataviada con platos planos y cubiertos, fue escenario de la convivencia que ahora es difícil encontrar en los hogares. Los cinco nos sentábamos en torno a ella, después mi mamá entraba y salía de la cocina con platos llenos de comida que no tardábamos en devorar, y como todo ritual que tiene un inicio, el postre era el broche de oro para tan sublime comunión.

Cuando era viernes de capirotada, como le apodábamos ya en casa, mamá destapaba la cazuela y con ayuda de una cuchara grande colocaba un pedazo de bolillo en cada plato.

—Sólo uno, Fidel —solía decir—, para que quede para la cena.

Y en efecto, así era, durante la cena repetía este procedimiento pero ahora con la compañía de un gran vaso de leche bronca.

Comer capirotada, también tiene su chiste, las piezas de la parte superior tenían una capa extra, el huevo dulce, que parecía un caramelo crujiente y delgado. A los lados

había piezas más doradas, así que prefería las del centro, era divertido ver cómo salía la leche por los bordes de la cuchara cuando la aplastaba contra la rebanada de capirotada que mamá me servía.

Así solían ser los viernes de capirotada en nuestra casa, excepto aquel año que tengo a bien recordar. Llegué corriendo de la escuela y para mi sorpresa el ritual de la elaboración se había adelantado, ante el asombro de encontrar sobre la barra aquella cazuela brillante, con la servilleta perfectamente colocada sobre de ella no se hizo esperar. Hasta recuerdo las figurillas de punto de cruz que estaban cosidas en aquel pedazo de tela, unas radiantes fresas rojas con puntos negros y grandes hojas verdes. Corrí hasta el pretil y estaba a punto de quitar la servilleta cuando escuché a mi espalda la voz de mamá:

—No, Fidel, recuerda que es para después de comer.

—Sólo una probada mamá.

—No, anda, vete a cambiar y jugar, ya que llegue tu papá te vienes a la mesa a comer —al decir esto último dio la media vuelta y regresó a hacer lo que la tenía ocupada.

Intenté nuevamente quitar la servilleta, y su voz ahora con un tono más elevado me hizo brincar:

—¿Qué te acabo de decir?

—Sólo la quería mirar —dije mientras



La señora Martha y su hijo Fidel.

corría a dejar mi mochila al cuarto.

Pero como la tentación era mucha, regresé a la cocina, y como si de un personaje de espionaje se tratase, esperé el momento adecuado y entré a hurtadillas. Coloqué un banco de madera que papá había hecho para mamá, con la finalidad de que ella pudiera tomar cuanto producto estuviera fuera de su alcance, y lo puse en dirección de la cazuela de la capirotada. Me subí y pude tenerla frente a mí, casi podía jurar que el postre me pedía ser rescatado de aquel lugar. Tomé la cazuela por las asas y como pude la coloqué en el piso. No me había percatado de lo pesada que estaba, pero eso no impidió que lograra mi cometido. Una vez en el suelo, me senté junto a ella y la destapé. Pude admirarla completa, íntegra, con su capa que dejaba entrever la silueta de las piezas de bolillo y conforme la recorría sentí cómo comenzaba a salir, la ansiedad se transformó en movimientos involuntarios y fue así como tomé un pedazo de capirotada y comencé a comer. Tenía un sabor diferente, como si el comerla a escondidas y de forma prohibida la hiciera aún más deliciosa. Al terminar el primer trozo, continué con el siguiente y luego otro más, hasta terminar la primera capa de la cazuela. Y ahí se asomaba la parte que más me gustaba de la capirotada, la de en medio, esponjosa, impregnada de leche; la tarea tenía que seguir. Introduje mis dedos sobre el manjar, la sensación fue indescriptible, tomé uno a uno los pedazos hasta que pude sentir algo duro, el fondo.

—¡Fidel! ¿Qué haces? —se escuchó gritar a mi madre.

Parecía una escena sacada de una historieta de *Memín Pinguín*. Yo, sentado en medio de la cocina, con las piernas alrededor de una cazuela a medias, con los cachetes y manos embadurnados de almíbar y un bocado en proceso de masticación.

—Comiendo capirotada —dije entre dientes.

—¡Ah sí! Con que comiendo capirotada, ¡ahora vas a ver! —jaló el banco para sentarse, me tomó por el brazo y me colocó en su regazo para darme una buena tunda.

—Ahora sí, termina lo que comenzaste, te vas a comer toda la capirotada. ¡Hasta las tortillas!

Con los glúteos adoloridos y entre sollozos continué lo que había iniciado. Así pasó la tarde, entre la mirada fija de mi madre, las miradas molestas de mis hermanas y mis *ya no quiero capirotada*, hasta que dejé la cazuela limpia y nos fuimos a dormir.

El sábado muy temprano corrí contento a la cama de mi madre:

—¡Mamá, mamá! —gritaba por los pasillos.

—¿Qué tienes, Fidel? —preguntó mi mamá angustiada.

—¡Mamá, soñé capirotada!

—¡Muchacho bribón! —dijo mi madre mientras me perseguía por el cuarto.

Ahora que lo pienso, medio siglo después, aún extraño las madrugadas de mi pueblo, sus sonidos, olores, pero sobre todo el sabor de la deliciosa capirotada que solía cocinarnos mamá.

**Este historia obtuvo Mención Honorífica en el Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2019.*



El pequeño Fidel, junto con sus hermanas Berenice, la mayor, y Flavia, la menor.

Honesto

Julio César Zamora

Usted tiene ojos grises. Y usted una mirada azul. ¿Cómo el cielo? No, como una ola que arrastra a lo profundo, de donde ya no se puede regresar, sólo muerto. ¿Eso dice a todas? Únicamente a los fantasmas.



Indiscreto

Alberto Ocón

Sobre la barra de madera
a mi lado
una mujer llora

En otro escenario
sin la muchedumbre
le diría al oído
¿te puedo ayudar?

Entre tantos mirones
no quiero ser indiscreto
me arriesgo
al insulto y la bofetada

sigue llorando

la escucho

¿qué más da cualquier respuesta?



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Un remedio absurdo

Don Manuel Sánchez Silva

(15 de abril de 1956)

En 1921, Leonardo Sánchez (que desde hace muchos años radica en Baja California, donde ha conquistado fortuna y prestigio) acometió la casi temeraria aventura de instalarse en Tecomán y establecer una pequeña botica.

Por aquel entonces Leonardo cifraba en los 24 años y era, física y moralmente, una persona agradable, de mediana estatura, rollizo, blanca la piel y rizado el pelo. Poseía una envidiable dentadura siempre visible y espejeante en su sonrisa habitual.

Había hecho sus primeras armas farmacéuticas en la famosa droguería de La Purísima, bajo la autoridad y sapiencia del ilustre profesor Manuel R. Álvarez, quien formó una camada de químicos y boticarios prácticos de reconocida eficiencia.

En la fecha del relato, Tecomán era un pueblo formado por 200 ó 300 casas de pajarete, perdidas en un desierto calcinado, insalubre y polvoriento. Donde ahora prosperan las plantaciones de palma y limón, y la vista se pierde recreándose en paisajes de belleza tropical, en que las tierras cultivadas y los árboles frutales hacen horizonte, se extendía la marisma inhóspita, saturada de miasmas y llena de acechanzas temerosas.

Pero Leonardo era ambicioso y resolvió probar fortuna. Echó mano de sus ahorros, consiguió dinero prestado, tomó una casa en arrendamiento, acomodó lo más estéticamente posible los pomos de aceite, pomadas y bálsamos, y se puso detrás del mostrador a esperar clientes.

Cierta mañana llegó un hombre en demanda de curación y el novel boticario tuvo que hacerla de médico. Hay que tener presente que en la época del relato no había doctor alguno en Tecomán ni en 10 leguas a la redonda.

El individuo aquél, joven y vigoroso peón de la hacienda de Periquillo, se había producido una profunda herida en la mano derecha entre el pulgar y el índice, al resbalar y caer sobre el filo de su machete. Para contener la hemorragia, sus compañeros le anudaron un paliacate en torno del antebrazo y le regaron petróleo en la lesión y después cal viva. Sin embargo, la sangre seguía fluyendo...

¿Cuánta perdería en el largo viaje a Tecomán, hecho a pie bajo el fuego de un sol llameante y por aquel dilatado páramo?

Cuando llegó a la botica el herido iba grisáceo. Leonardo lavó la impresionante incisión, la desinfectó con agua oxigenada y aplicó una compresa de hipocloruro de hierro, el coagulante más efectivo de aquellos tiempos. Hizo un cuidadoso vendaje y aconsejó al individuo que reposara. Una vez terminada la curación, se hizo servir la comida del medio día, que apenas gustó, preocupado por

el caso.

Media hora después fue a ver a su enfermo, quien dormía el sueño de la fatiga y de la realidad, y Leonardo sintió que un sudor frío brotaba de la raíz de sus cabellos, al advertir que las vendas se habían enrojecido y goteaba sangre.

Deshizo el apósito y aumentó la dosis de hipocloruro de hierro, reforzando su acción con una toma de ergotina vasoconstrictora. Pasó una media hora, luego otra... Y volvió a transparentarse la sangre por entre la blancura de los nuevos lienzos.

Hasta las 6 de la tarde, Leonardo siguió agotando sus recursos, en un inútil afán por taponar aquella vía por donde, gota a gota, se estaba escapando una vida.

Empezaba a anochecer, cuando la desesperación de la impotencia se resolvió en crisis de realismo.

—No puedo hacer más -díjole Leonardo al hombre-. Se necesita operarte, pero yo no soy médico ni tengo instrumentos apropiados. Hice lo que pude, pero ya ves, no se te corta la sangre...

El hombre sonrió con el fatalismo propio de la raza y se incorporó con dificultad.

—¿Cuánto le debo?

—¡Nada! ¿Qué vas a hacer?

—Voy a ir con doña Juana. A ver si ella me cura...

Leonardo guardó silencio y lo miró alejarse. ¿Para qué preguntar quién era aquella "doña Juana", a quien el herido atribuía la posibilidad de detener una hemorragia mortal?

Al día siguiente, muy de mañana Leonardo experimentó la sorpresa de su vida. Frente a él estaba el hombre de la víspera. Demacrado y marchito, pero vivo.

—Vengo a darle las gracias -dijo semisonriendo.

—Nada tienes que agradecer. Lo que me interesa saber es qué te hicieron.

—Doña Juana tiene una tienda, aquí adelante. Y sabe muchos remedios. Me quitó los algodones, raspó la armazón de un candil de petróleo y el polvito negro me lo puso en la herida, con lo que se me detuvo la sangre...

¿Contiene el hollín propiedades coagulantes? ¿Coincidió su uso con el efecto retardado de las anteriores curaciones practicadas por Leonardo? ¿La sangre perdida había disminuido la presión arterial, haciendo posible la unión de la vena rota?

El azorado boticario no lo hubiera podido saber, pero el hecho definitivo ahí estaba: donde fallaron los recursos razonables había triunfado un empirismo absurdo.

* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.†



Media hora después fue a ver a su enfermo, quien dormía el sueño de la fatiga y de la realidad, y Leonardo sintió que un sudor frío brotaba de la raíz de sus cabellos, al advertir que las vendas se habían enrojecido y goteaba sangre.

A las nueve en punto



De los shopping malls

Salvador Velazco

La metrópoli en donde yo vivo, Los Ángeles, cuenta con algunos de los *shopping malls* más grandes del mundo; sin embargo, no fue aquí en donde se construyó el primer centro comercial del siglo XX. Esa distinción le corresponde a Edina, una pequeña ciudad en el estado de Minnesota, Estados Unidos, en el año de 1956. El arquitecto nacido en Viena, Víctor Gruen (1903-1980), uno de los más influyentes en la era moderna, diseñó en Edina el *Southdale Center*, reconocido por ser el primero con las características que les atribuimos hoy en día a los *shoppings*: una ciudad en miniatura que ofrece una gran variedad de servicios con orden, limpieza y eficiencia, protegida por personal de seguridad y cámaras de vigilancia.

Beatriz Sarlo, la académica argentina, ha comparado a los centros comerciales con una nave espacial en donde “se come, se bebe, se descansa, se consumen símbolos y mercancías...” (*Escenas de la vida posmoderna*, Buenos Aires, Seix Barral, 2006, 13). Y como una nave espacial, los centros comerciales están protegidos del caos y del ruido que proviene de la calle; separados del bullicioso “centro” de la ciudad. Son como una gran plaza pública que incluye cines, restaurantes, tiendas, negocios, *boutiques*, quioscos, diversiones y galerías, en donde no hace frío ni calor y, como en los casinos de Las Vegas, el día y la noche no se distinguen mayormente. Estos *shoppings* —idénticos en todas partes— crean una comunidad que se agrupa en torno a las mercancías como si fueran templos y ágoras del consumo.

Una definición sencilla de lo que es una ciudad tomaría en cuenta dos elementos: *urbs*, la parte física, los edificios, parques, estatuas, jardines, etcétera, y *ciuitas*, la asociación humana, la gente, los ciudadanos, las instituciones; en otras palabras, la ciudad sería el *locus* de la civilización. Así, los centros comerciales podrían ser considerados como metáforas arquitectónicas o monumentos emblemáticos de la época neoliberal que estamos viviendo. El neoliberalismo protege los intereses de la propiedad privada, las empresas, compañías multinacionales y el capital financiero, pero sobre todo, promueve el flujo de bienes y mercancías a través de las fronteras. No en balde, desde la década de los 80 y 90 en que se consolida el neoliberalismo en América Latina, hemos visto la proliferación de *shopping malls* en las urbes latinoamericanas que se convierten

en el centro de acopio y gran escaparate de dichas mercancías, bienes y productos.

Los centros comerciales también pueden funcionar como una especie de palimpsesto o espacio físico que juega con diferentes memorias o tiempos históricos. Quizá el *shopping* que mejor ilustra lo anterior sea Punta Carretas, el centro comercial más importante de Uruguay, ubicado en su capital, Montevideo, cuyas puertas se abrieron en 1994. Lo visité en 2014 y me quedé sorprendido con la historia de su construcción. Primero, habría que decir que Punta Carretas fue la cárcel más importante del país durante una gran parte del siglo XX. De hecho, era la prisión a donde se enviaba a los presos políticos, como fue el caso del que luego se convertiría en presidente de Uruguay, José Mujica, quien estuvo en Punta Carretas por su participación con el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, un movimiento guerrillero vinculado a grupos de una izquierda radical. En este país, José María Bordaberry decretó en 1973 una dictadura militar que se mantendría hasta 1985.

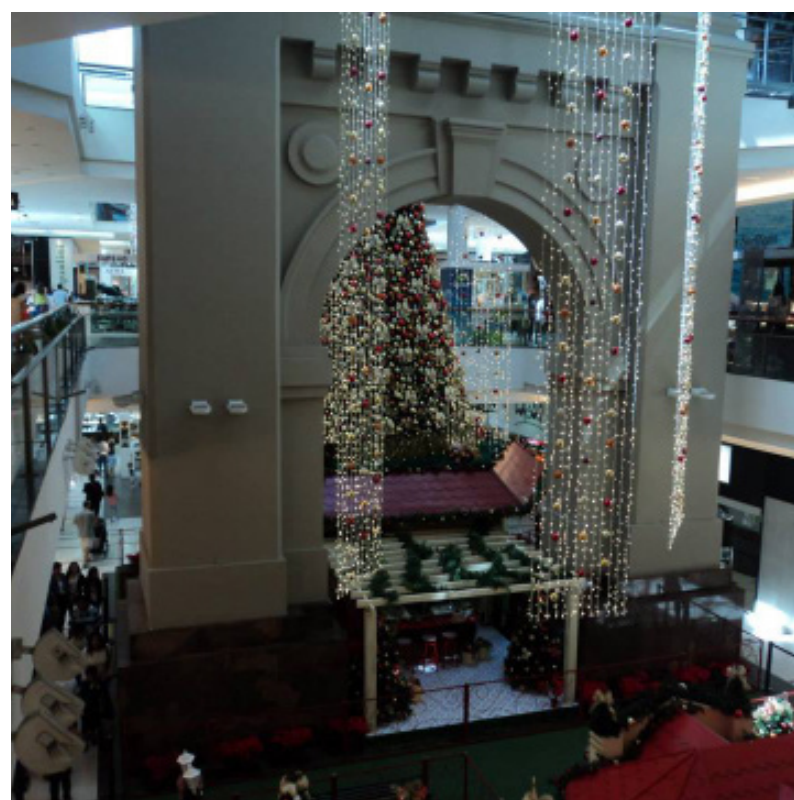
Cuando Uruguay hace la transición de una dictadura militar al sistema democrático actual, se da la transformación de la antigua penitenciaría en uno de los más exclusivos centros comerciales. Así, Punta Carretas, de cárcel pasa a ser *shopping mall*, de centro de detención de prisioneros políticos a un espacio privilegiado de consumo, lo cual lo

convierte en un caso paradigmático de nuestra época neoliberal. El antiguo edificio carcelario se adaptó para su nuevo uso. El arco de la entrada es el mismo de la cárcel y las celdas de los prisioneros se transformaron en las tiendas del centro comercial. Más aún: se construyó un pasaje que conecta el *shopping* con el Sheraton para que los huéspedes del lujoso hotel tengan un pase directo, sin necesidad de internarse en las calles de la ciudad. Me parece que la intencionalidad de los constructores de Punta Carretas es clara: se trataba de erradicar el pasado violento del país para proyectar la imagen de un Uruguay moderno, abierto al progreso y a la democracia, al consumo y al mercado. El poder de la dictadura se transfiguraba en poder comercial.

En resumidas cuentas, este *shopping mall* de Montevideo, como todos los *shoppings* del mundo, incluida Plaza Zentralia en la tierra de los espejismos, la bella Colima, es una metáfora arquitectónica de la civilización global del consumo.



De cárcel a centro comercial. Al fondo, el hotel Sheraton.



Las celdas de los prisioneros las convirtieron en tiendas.

Fotos: Salvador Velazco.

Nostalgias de mis ayer

Javier C. Bravo Magaña

Sentimos nostalgia al volver a otras etapas de nuestra vida; añoramos todo aquello que está ligado a nuestro ayer, llámese costumbres, familia, amigos, lugares, anécdotas. (E. Ramos, p.13)

Con mil y una noches de anécdotas, Eugenio declara su nostalgia por el pasado que conoció y que ahora revive con un dolor, como el de Borges, que al recordar a su poeta anglosajón, le dice: “Tus pasos pesaron sobre la tierra un día; hoy no eres más que mi voz, cuando revive tus palabras de hierro” (Borges, 1980, p.26). La nostalgia “duele, enseña, causa buen humor”, se respira en cierta cultura campirana que hoy no es otra cosa que *olor a tierra mojada*. Los que tenemos edad reconocemos la nostalgia de *Nostalgias de mis ayer* porque tenemos nuestras propias añoranzas, y regresos dolorosos a lo que fue y ya no será. Pero *Nostalgias* no es un recuerdo puramente doloroso; también es un recuerdo de amor, una celebración que por todas partes exhala un dolor placentero, un sosiego agríndice, una feliz nostalgia. ¿Nostalgia feliz? ¿Sosiego agríndice? ¿Dolor placentero? ¿Qué habrá en el alma humana que nos hace capaces de esas locas contradicciones? Veamos.

1. Eugenio se declara nostálgico de la fe, valores y creencias de su padre y de aquella sociedad en la que su padre comprometía su palabra con un apretón de manos y a quien se le correspondía de la misma manera, sin ninguna otra garantía. Qué hombres los de aquellos tiempos. Hoy la palabra de hombre, palabra de rey que no vuelve atrás, ha perdido ese poder, ese valor y ese honor (Mt 14.1-12). Pero en *Nostalgias de mis ayer* no hay dolor; hay nostalgia. Y esa sí es una paradójica contradicción porque ¿qué es, cómo se llama la nostalgia sin dolor?

Tuve un maestro en la Escuela Normal de Colima, que añoraba tiempos considerablemente más añejos que los de Dn Eugenio, tiempos en los que un hombre daba su palabra y dejaba en prenda un pelo de su bigote. Y tuve un compañero que asombrado y gracioso le preguntó: “Maestro, entonces ¿las cajas fuertes de los bancos estaban llenas de bigotes?”.

2. La nostalgia es productiva. Al recordar a su madre, Eugenio construye hermosos endecasílabos: “Sentado en una silla de cabrilla estoy en la cocina de mi madre. Todo está aquí. Sólo ella falta”. Sí, sólo ella falta, porque ahí están “la silla de cabrilla, el metate y su batea, el bule de las tortillas, los nixtencos sin fuego pero vivos, y la primera gorda mañanera”. Ahí están “la jícara de coco, el cántaro de barro, sus ollas y cazuelas embrocadas sobre el viejo pretil ya carcomido”. Como los nixtencos, Doña Catalina Delgado habita la nostalgia de su hijo (p.18). ¿Habrá aquí alguien que añore a Pedro Infante, que llore a José José, y que les construya hermosos endecasílabos?

3. Eugenio tiene una nostalgia dolorosa, inflexible e implacable. Epifanio Villaseñor, su suegro, hombre de bien, fue “presa de gentes sin escrúpulos” que se hicieron de algunos terrenos suyos de manera dudosa. Ese dolor es tan intenso que Eugenio le pone nombre y apellido: Cruz y José Michel. ¿Qué clase de nostalgia es esta, tan invencible? Pero que no nos extrañe, porque esa villanía de los Michel, nos hace recordar un 13 de junio y un 13 de septiembre que mejor sería borrar de nuestro inconsciente. A muchos, que no son tan imperdonantes, *les viene guango el pantalón*, y prefieren que los muertos entierren a sus muertos. Y esto lo digo con toda la nostalgia de la que soy capaz.

4. Yo, como Dn Antonio de Nebrija (1492), Dn Juan Carlos Reyes (1988), y Dn Eugenio Ramos (2019), soy un anticuario de la lengua. Leer artes, glosarios, etimologías, gramáticas o tratados de lenguas antiguas me da nostalgia. Colecciono palabras, y hago juegos de palabras, porque, como dice Octavio Paz, “La lengua entera es una metáfora” que alude a cierta clase de vida, usos y costumbres, que fueron pero ya

no son. De esa antigua vida sólo quedan “voces que los germanistas anotan”, como dice Borges; significados que corresponden a *vidas que me son vedadas*, como dice María Elena Alfaro Solís, porque esa época pasó como juventud que se marchita, como fragancia que se desvanece. Cuando leo tal plenitud de hermosas palabras arcaicas, siento nostalgia de eternidad. Ah, que hubiera vivido todos esos siglos y aprendido las lenguas de todos esos pueblos. Que hubiera embrocado ollas y cazuelas sobre pretils carcomidos, que hubiera bebido directamente de las jetas de cántaros de barro. Que hubiera encendido y apagado aparatos de petróleo, y construido zarzos y garabatos. Que hubiera descubierto minas de oro en el Cerro Narigón o en la Piedra Narizona. Que hubiera hecho ganchos de otate y aguas frescas de lechuguilla. Que hubiera tatemado pencas de mezote y de mezcal, que hubiera utilizado el clarincillo para combatir a las feroces arrieras. Que hubiera visto ardillas voladoras, onzas y tigrillos. Que hubiera hecho cuamiles en el cerro, que de rodillas sobre ladrillos de suavidad de piedra pómez, hubiera repetido “letanías” sin saber si eran devoción, costumbre o fanatismo.

5. Eugenio es bilingüe, se le nota en dos o tres frases que sin que nadie se diera cuenta invadieron sus relatos. La deliciosa soltura con la que usa la jerga del campesino y que mucho nos hace admirarlo, refleja el profundo enraizamiento de su tierra nativa en su corazón. Dn Eugenio es mexicano hasta las cachas; mexicano, allá adentro; mexicano en donde cuenta, como dice Emily Dickinson; mexicano de cuya “abundancia del corazón, habla la boca”.

Su español no tiene pero, pero voy a dar un ejemplo en el que la convivencia de sus dos lenguas le hace travesuras a Eugenio: *En la temporada de secas, mi padre combinaba esta actividad con la horticultura a la orilla del río. Ponía de todo: sandía, melón, elote, repollo, jitomate, cilantro, cebolla, rábano y casi todo lo imaginable que un hortelano pudiese crecer*”. Ese es el ejemplo, y el que no lo entienda, o bien no es bilingüe, o bien nunca ha sido corrector de textos, o bien nunca ha sido maestro.

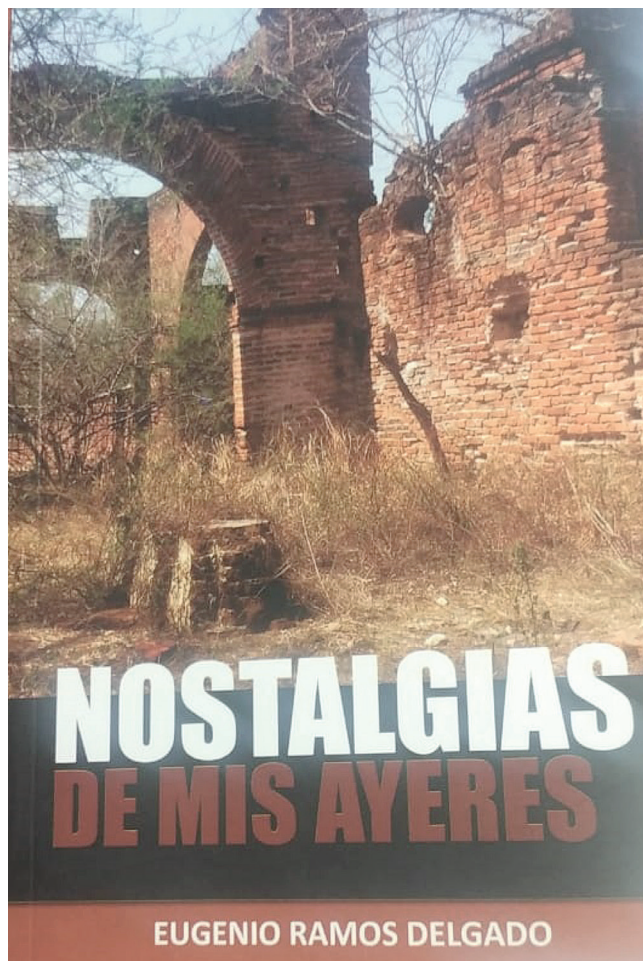
6. Qué cosa tan extraña es la nostalgia. Hablando yo en una iglesia de mexicanos expatriados en Los Ángeles, les hice notar que hay una nostalgia ejemplificada en los judíos expatriados en Babilonia; es la nostalgia de los bienes espirituales perdidos con la Ciudad de David, que es Sion, que es Jerusalén, que es la Ciudad de Dios.

Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos, y llorábamos acordándonos de Sion. Habíamos colgado nuestras arpas de los sauces, y nuestros captores nos pedían que los alegráramos cantando cánticos de Sion. Pero ¿cómo vamos a cantar cánticos de Sion en tierra extraña? Que se me seque la mano, que se me pegue la lengua al paladar si tuviera cualquier otro motivo de alegría que no fuera Sion. (Sal 137) ¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que se ha hecho? Lo mismo que se hará. No hay nada nuevo bajo el sol. (Ecl 1.9)

Nostalgias, pues, es un rico repertorio de nuestros ayer. Es un libro que da nostalgia, y si no la diera, no sería tan rico como es. Y nosotros, si no nos permitiéramos esa nostalgia seríamos unos pobres, pobres paupérrimos y miserables.

7. Ya hablé de la nostalgia sin dolor, suprema contradicción; pero ahora me pregunto: ¿Habrá nostalgia del futuro? ¿Valdrá la pena mencionar a Pablo de Tarso y a Teresa de Ávila? Pero en fin, que ya se me está yendo el tiempo y me estoy poniendo nostálgico por darle fin a mi comentario parcial. Les recomiendo *Nostalgias de mis ayer*. Léanlo con calma, pensando en Eugenio y entonando esta verdad: *Como te ves, me veré*. Y eso es nostalgia del futuro.

**Texto leído por el autor durante la presentación del libro Nostalgias de mis ayer, de Eugenio Ramos.*



A quinientos años de la llegada de los españoles a México. 1519-1521

La batalla de Centla

Ramón Moreno Rodríguez*

II/II

Tres cosas más diremos, de las muchas importantes que entonces sucedieron en aquellos días, cuando la batalla de Centla. La primera es la erección de una gigantesca cruz; la segunda, el vasallaje que los chontales aceptaron rendir al rey de España, y tres, la aparición de doña Marina, la Malinche, en la vida de Cortés.

En el caso de la cruz no es posible saber la altura de ésta, pero debió ser muy encumbrada, pues algunos cronistas afirman que se hizo con el tronco de una gigantesca ceiba que estaba en la plaza del templo mayor de Potonchán o Tabasco o Centla, que con todos estos tres nombres es llamada aquella desaparecida monarquía indiana. Como sabemos, una ceiba adulta puede llegar a medir hasta sesenta metros de altura y más. Imposible saber cuánto midió aquella cruz, pero sí es dable conocer el nombre de sus fabricantes. Bernal Díaz del Castillo, siempre sorprendente por su privilegiada memoria o por lo agradable de su prosa narrativa, refiere que los carpinteros de lo blanco que labraron aquel instrumento de sujeción ideológica se llamaban Alonso Yáñez el uno y Álvaro López el otro. Se le decía entonces *carpintero de lo blanco* al albañil especialista en obra prima de yesería que se utilizaba principalmente para decorar interiores y que, asimismo, los artesanos que ejercían tal oficio fabricaban retablos para las iglesias y todo tipo de imaginaria religiosa.

Destaco este hecho no por su importancia religiosa, que la tiene, sino por el sentido político de tal representación. Para los antiguos mexicanos –y Cortés escenificó muchas veces este tipo de espectáculos–, derribar las figuras de los dioses vencidos y erigir el nuevo culto tenía un sentido político y un valor social concreto muy importante; significaba que la derrota de los enemigos era total y la sujeción a los nuevos amos absoluta. Existen testimonios, entre otros, de lo que hacían los tlaxcaltecas con los señoríos sujetados a su poder. Una vez vencido el ejército enemigo, por ejemplo, se degollaba a toda la casa gobernante vencida (incluidos niños, mujeres y ancianos), se nombraba nuevo tlatoani a un general de Tlaxcala; éste, como primer acto público, lanzaba las figuras de los dioses por las escalinatas del templo, hacía subir la figura de Camaxtle y de esa manera inauguraba el nuevo culto; no quedaban prohibidos los viejos dioses vencidos, pero sí relegados a un segundo plano. Saber este dato es importante para entender la actitud temeraria de Cortés en la Ciudad de México, cuando intentó imponer el culto de la Virgen María en el templo de Huitzilopochtli.

Respecto de la aceptación del vasallaje al rey de España que se supone asumieron los chontales, es un hecho que desde aquellos años ha sido cuestionado por algunos cronistas. No entraremos en esa polémica, sólo diremos que este es uno de los timbres de que más gustaba Cortés de blasonar: incorporar a la corona de España nuevos reinos tributarios. Si tal juramento hicieron los naturales de Potonchán, esto justificaba plenamente ante el rey, ante la Corte, ante el real consejo de Indias, los actos temerarios, las rapacerías, las traiciones, los asesinatos que cometió el metilense. Hayan hecho o no tal pleito-homenaje los indios de Centla, es imposible saberlo y también es imposible saber

qué tan claro podrían tener los habitantes de aquel señorío el sentido de tal juramento; lo que parece que sí sucedió es que Cortés seleccionó sesenta de sus hombres y los dejó ahí, para que fundaran la primera colonia de españoles en los nuevos territorios, a la que llamó Santa María de la Victoria.

Concluamos estas breves líneas con alguna referencia a doña Marina, La Malinche, como gustamos los mexicanos de llamar a esta inteligentísima tecuicuatl. Lo primero, es que debemos decir que aquella noble señora es un personaje que padeció escalofrantes violencias y se ensañó con no poca sevicia con los vencidos; agreguemos, además, que ella misma fue una víctima; víctima de sus paisanos y de los extranjeros, en particular de Cortés que la usó mientras la necesitó y que después se deshizo de ella cuando ya no le servía, como quien se deshace de un cacharro inútil. Sin duda es una protagonista de una violentísima tragedia, como tantos otros protagonistas trágicos produjeron aquellos años de hecatombes y masacres (Moctezuma, Cuitláhuac, Xicoténcatl, Xicomecóatl, Cuauhtémoc, Tecuichpo, don Carlos Ometochtzin, Cosijopij, etc.), con la diferencia que ningún relevante escritor ha sabido ver en ella la tragedia ni ha producido una obra memorable contando sus avatares.

Ya habrá ocasión de volver a hablar de doña Marina más adelante, habiendo ocasión para ello, ahora sólo diremos que la entrega de aquellas jovencitas a los extranjeros, entre las que estaba Malinalli, por parte de Tabscoob, tenía un claro sentido político y social. Significaba la alianza, hacerse parientes de los vencedores y por ello, socios preferentes, como dirían los políticos españoles de ahora. No fue la única vez que Cortés recibió este tipo de donaciones. Quizá en estos momentos de marzo de 1519 ignoraba el extremeño el sentido político que encerraba tal donación. Pero que pronto comprendió la gran utilidad que obtendría de aquella traductora, sin duda fue evidente, pues en esos mismos días ella empezó a hacer tan importantes funciones, pues del chontal traducía al maya y Aguilar del maya al castellano.

Decir que un traductor es un traidor es una expresión demasiado desgastada como para que aquí la vayamos a repetir, además de que ella no traicionó a los mexicanos cuando les traducía, simplemente interpretaba hábilmente el contexto político que más le convenía, por un lado; por el otro, supo adaptarse a las circunstancias y obtener el mejor provecho personal de aquella terrible vorágine en la que se vio envuelta.

No hay bondad o maldad en sus actos; no se trata de moral, sino de política. Ella fue muy hábil para desempeñar las tareas que le encomendaba Cortés, nada más, aunque el nacionalismo mexicano, pero sobre todo el chovinismo nuestro, la haya condenado para siempre jamás y ya nada la podrá reivindicar. Ella no traicionó a los suyos, porque los antiguos mexicanos no eran los suyos; incluso, tenía muchas razones para odiarlos, como los odiaba.

**Es doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.*

ramonmr@vivaldi.net



Encuentro entre Juan de Grijalva y el cacique maya Tabscoob, ocurrido en Potonchán en 1518. Detalle del mural realizado por Héctor Quintana para el Gobierno de Tabasco.



Mural sobre la Batalla de Centla, entre las huestes de Tabscoob y el ejército de Hernán Cortés, pintado por Homero Magaña Arellano, en el Palacio Municipal, Paraíso, Tabasco.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

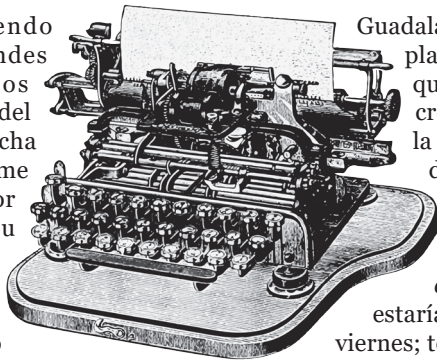
Cartas de mis jóvenes amigos

Carlos Caco Ceballos Silva

OTOÑO 1995. Leyendo cartas de mis grandes amigos de aquellos tiempos, releo una del Dr. Gregorio Cárdenas, con fecha de 8 de marzo de 1933, donde me cuenta que la semana anterior estuvieron de fiesta, pues su padrino, el Prof. Gregorio cumplió los cincuenta años de profesorado y el gobierno le ofreció una velada en el Teatro Hidalgo y recibió, entre muchos obsequios y ofrendas, una corona de olivo de alrededor 30 centímetros de oro, un trabajo asombroso de orfebrería, un reloj de piso con unas campanas primorosas, una estatua de bronce en pedestal de mármol, una placa de plata cincelada, bastones, fistles, etc. En la fiesta estuvo el Ministro de Educación, representando al señor Presidente, desde luego se refiere a su tío el Prof. Gregorio Torres Quintero homenajeado en la capital de la República que era donde vivía en compañía de su esposa Matilde, en Costa Rica 72.

Una carta de mi buen amigo Jorge Corona Oldenbourg, que entre sus amigos lo llamaban cariñosamente el *Tiburón*, el *Gordo*, o el *Panzón*, y éste me platica en su carta del 14 de octubre de 1933 que en Guadalajara conoció a una hermosa tapatía, llamada Rosa Eugenia, y a pesar de no llevarla al cine por no tener dinero, pues todavía no ha conseguido ningún trabajo, se han comprendido muy bien y me sigue diciendo que yo fui indirectamente el causante de un serio disgusto con ella, pues que la carta anterior que me escribió y que nunca recibí, la metió en un sobre dirigido a ella, pues en esos días había ido a pasar unos días a San Juan de los Lagos, y esa fue la razón de mi sorpresa al recibir en mi sobre la carta para ella y ella la carta mía, donde se explayaba conmigo diciéndome que la tenía bien dominada, que nomás le decía “mamacita linda” y luego se le dormía en los brazos. Continuaba que ya habían hecho las paces, debido a sus explicaciones, le platicó que yo era muy serio y que de inmediato le devolví la carta, que por lo tanto todo “quedó en familia”, le juré y le perjuré que tú eras para mi casi un hermano, y que todos los hermanos teníamos necesidad de platicar nuestras alegrías a la persona de confianza; que tú me platicabas todo y que él me aconsejaba, así que con todas estas explicaciones parece que quedé convencida, me perdonó, pero hasta ahorita no he logrado todavía que se me vuelva acostar en los brazos, a pesar de mis susurros y los “mamacitas y mamacitas del alma que le digo al oído”.

En una misiva de Amador Murguía, fechada en



Guadalajara el 15 de mayo de 1933, me platica: Tengo una noticia bonita que darté y que a lo mejor no me creerás, resulta que Chela Romo, la que fue tu novia y que es amiga de Tere, vive aquí y canta por radio todos los viernes a las 8:30 de la noche por la estación XGR, con el nombre de *Alma cancionera*, canta muy alegre y estaría bueno que la oigas el próximo viernes; termina la carta y entre otras me recomienda le salude a Luis Fernández (a) *El Perico*, al *Chito*, a Rogelio, y a Nacho de la Mora.

En una carta de mi primo Odilón Ayón, que vivía por Miguel Blanco, allá en la Perla Tapatía, me comenta que le ha ido muy mal en el amor, que hace unos días estaba parado en la esquina esperando platicar con una muchachita muy linda llamada Adriana, cuando pasaron casi corriendo dos muchachas que se encaminaron a la casa de su novia, y al poco rato salieron las tres y al volver pasar frente a él, Adriana solamente le espetó un “quiuboli”, y que en menos de lo que canta un gallo desaparecieron en la penumbra de la calle y que él, bien enojado y sin tener otra cosa que hacer se encaminó paso a paso al jardín del Carmen, donde había unas bonitas serenatas, y que apenas había llegado vio a Adriana y a sus amigas acompañadas de tres Adanes, y que él, para evitar una reyerta se regresó a su casa. Al día siguiente volví con ella, le silbé y salió, y después de “dimes y diretes” quedamos de amigos, y yo, sin novia, adolorido me decidí a estudiar por las noches. Esta decisión ha sorprendido mucho a los de mi casa y a mi también, pues casi lo he tomado como un sacrificio, ojalá y este martirio dure sólo una temporada, pues sinceramente te diré que es mucho más bonito salir y platicar con una muchacha que estar sentado con el libro de las matemáticas. ¿Verdad?

Y así serán los cuentos y comentarios de entre nosotros, los amigos que por aquellos días andábamos ya para llegar a ser ciudadanos, y por supuesto, ya nos gustaban bien mucho las jovencitas para novias, aunque todavía no dejábamos de ser adoradores del bíblico Onán, a pesar de las burlas y consejos de los más grandes como el *Pollo*, el *Batano*, Arturo Muraña, la *Borrega*, el *Culiche*, Manuel Sánchez Silva, Eduardo Brun y otros que nos animaban a conocer los centros de esparcimiento, donde al compás de los blues, tangos y bambos bailaban con las de los muslos retozones, albergadas en la “suerte” y otras muchas casas nos-santas localizadas por el rumbo del Agua Fría.

* Empresario, historiador y narrador. †

Sonriendo

Azul Sevilla

Cómo fingir que no te estoy queriendo,
si al mirarme en tus ojos azules
se disipan mis tormentos
y voy por las calles de la ciudad
sonriendo como idiota,
imaginando que vamos de la mano
recorriéndolas juntos y me siento segura
enganchada a tus brazos.

Mudanza

Léon Mendoza

Qué tan difícil fue para ti la vida
o este era tu destino
caminar buscando quién
cargue contigo el pesar.

Trataste de mirar en cada uno
lo que fue de ellos en vida.

O sólo caminar a su lado
y tratar de entender su agonía.

Has bailado con algunos
y les has sonreído con dulzura
para decirles que no teman
sólo es una mudanza.